

ven a Dios. La perseverancia y las virtudes le atraen y viene a la puerta para meter dentro, en El mismo, mi alma.

Me enseña Santa Teresa que tres cosas son necesarias para poder tener oración: despegó de lo criado, caridad fraterna y divina, y humildad, mucha humildad. Sin vivir estas tres virtudes no es posible recibir el don de la oración ni aun tenerla con recogimiento atento.

135. San Felipe de Neri, consumado maestro espiritual, me dice: *que un alma que no puede estar veinte horas en oración no es alma de oración. Que Dándole tiempo todo lo conseguiría del señor con la oración* y también que para tener oración *se trate de ser humilde y obediente y el Espíritu Santo le enseñará*, y que me figure en la oración me van a ofender con malos tratos, calumnias y afrentas y aun con bofetadas y lo abraza todo gustoso ofreciéndoselo a Dios. Si llega a sucederme, no me cogerán desprevenido y lo santificaré. ¡Si así lo hiciera qué despegado estaría de todo y no sólo no perdería la paz con cualquier menosprecio que recibiera o me figure yo me lo hacen, sino que me alegraría! Si tengo la santidad de vida con delicadeza para con Dios y para con el prójimo, muy pronto el bálsamo de la oración ungirá de suavidad mi alma.

Soy religioso. Abracé voluntariamente lo prescrito y mandado en la Orden. Es obligación mía poner toda diligencia en guardar fidelísimamente toda la observancia de mi regla y con toda caridad, y advertir que de mi conducta depende en parte la santidad que haya en mi Orden. Si estoy iluminado con

la luz de Dios, veré, claramente veré que debo ser tenido por el último del convento.

Aun cuando me trataran mal, siempre sería mejor de lo que yo merezco. ¡Dios mío, si vieran lo que soy por dentro! ¿Cómo me sufrís Vos y cubrís mis deficiencias? Debiera vivir siempre confundido y anonadado delante de Vos y delante de mis hermanos. ¿Cómo es posible haya todavía en mí, amor propio con deseos de estima? ¿Qué verán en mí el día del juicio? Sea yo aquí menospreciado para que Tú me purifiques y ames.

Siendo el amor propio tan astuto y artero, no es raro me engañe presentándoseme con apariencia de virtud y de humildad. Me duelo y hasta derramo lágrimas cuando he hecho mal alguna acción y la ven los demás. Creo pensar que lloro, *porque no valgo para nada, porque lo he hecho mal*, y me engaño dejando se esconda dentro de mí la realidad del amor propio, ya que si lloro es por haber creído quedar mal delante de los demás; si no lo hubieran visto no hubiera sentido esa intranquilidad. La verdad es que no soy humilde para abrazar la humillación mía y que puedan darme en rostro con mi inutilidad.

Libradme, Dios mío, de mí mismo. Nada debe importarme lo vean los demás y me desestimen. Vuestros ojos, vuestra mirada es la que debe importarme, no la de los hombres. Tú lo viste; lo hice mal delante de Ti. Tened piedad de mí; dadme recta intención; poned humildad en mi espíritu y limpieza de conciencia para que podáis depositar con confianza vuestro amor en mí y me enseñéis a orar. ¿Qué importa ser hábil o inhábil ante los hombres?

Me habéis traído a la religión para que sea alma de oración, para que esté delante de Vos y trate con Vos, para que sea santo. Nunca lo seré si no me pierdo a mí mismo en mi estima y si no me ocupo sólo de vuestro nombre, de vuestra gloria y amor.

Siento gozo inmenso al repetir la estrofa bellísima de mi Santo Padre:

¡Oh cristalina fuente,
Si en esos tus semblantes plateados,
Formases de repente
Los ojos deseados,
Que tengo en mis entrañas dibujados!

Ansío ver esos ojos deseados de dulcísimo mirar, como me enseña la fe. Deseo que me entren hasta lo íntimo de mi alma, no cuidando de quitar la mucha tierra que aún llevo en los míos, y son *los limpios de corazón los que verán a Dios*. La fuente es cristalina, y los ojos más brillantes que el sol, pero no lo está aún mi vida ni mis aficiones; aún me enturbian mis apetitos y los gustos de mis sentidos. Los Santos esperaban a Dios. Los Santos le llamaban, se recogían, se preparaban con vida santa y abnegada; limpiaron sus ojos, fueron almas de muy íntima oración. Dios era el sol que los iluminaba en todo.

136. ¡Oh Jesús, que estás en el Sagrario! Quiero otra vez recordarlo y aprender de Vos. ¿Qué haces ahí? ¿Cómo oras? Porque sé que también estás orando, no con oración como la mía sino con oración altísima. Amas y es oración de perfectísimo amor. Alabas y te ofreces. Es la oración de alaban-

za y ofrecimiento. Amas con infinito amor al Padre y al Espíritu Santo. También me amas a mí, oh Jesús, más de lo que yo puedo comprender y te ofrezco por mí y me enseñas. Jesús, yo quiero amarte, quiero amarte con tu mismo amor, pues me lo das para que te ame. Te amo, Dios mío, con el amor de Jesús, que convive conmigo en el Sagrario. Por su súplica y amor dame vida santa.

Jesús mío; que a pesar de mi pequeñez y debilidad te ame yo siempre con tu mismo amor y tenga vida de tu vida y mis obras sean fruto de esa misma vida tuya. Enséñame a amar para que me enseñes a orar. ¡Qué inmensa actividad de amor la que tienes, callado y silencioso, en el Sagrario! Eres el amor del mundo y me esperas para que yo me una a Ti y ame Contigo. ¡Con cuánta mansedumbre y benignidad me esperas para enriquecerme, para llenarme de tu amor y darme la vida eterna!

Te bendigo y deseo amarte más, porque me has dado sed de esta vida y de amar a Dios. No quiero dejarte solo, sino acompañarte. Quiero llevar siempre dentro de mí la presencia de Dios y la hermosura de los divinos ojos. Dios me mira y yo le miro, le ansío, le acompaño. ¿Qué importa sea en sequedad o dulzura? Dios está en mí y me llena y yo estoy en Dios. Dios mío, tus ojos están en mí aun cuando todavía no los veo y no los siento. Tus ojos continuamente me iluminan con tu amor y me cubren de tu misericordia. No quiero huir de esos tus ojos, antes busco siempre y en todo tu mirada. Me pongo humilde delante de Ti; Tú eres mi Padre, mi tesoro, mi amor y mi vida y quieres comunicármela perfecta.

137. Pero no ignoro que antes tengo que terminar de morir a mí mismo, a mi apreciación, a la estima de mi persona y de mi honra y de mis cualidades. La honra vana, el orgullo, la curiosidad, el regalo y la comodidad son nubes que impiden recibir el sol de Dios y el don de la oración. ¡Qué inimaginablemente grande es la oración de fe! Ella diviniza el alma, porque Dios pone esta oración en el alma crecida en gracia, y esta oración pone en el alma a Dios con mayor presencia. Para la oración de fe no son necesarios los conocimientos ni la ciencia. La oración de fe se recibe por una más alta manera, *no sabiendo* y no impidiendo obrar a Dios, muriendo en humildad y en amor. Yo no sé ni puedo volar, pero si me pongo humilde en Dios, me levantará, si quiere, sobre todos los mundos. Sobre las jerarquías angélicas levantó a la Virgen. «¿Quién le impide a Dios obrar sus maravillas en el alma totalmente anonadada y aniquilada?» Se complace en enriquecer y engrandecer a los humildes y pobres de corazón. *En el momento en que un alma llega al perfecto anonadamiento, hace Dios su transformación.* Enséñame, Dios mío, y dame que me determine a estar yo bien muerto, y ten misericordia de mí mostrándome tu rostro.

Me habéis traído a ser religioso para que sea santo. Me habéis sacado del mundo para que no tenga nada del mundo y sea todo vuestro. Quieres que sea santo y darme a beber del agua viva de tu misma vida, que yo busco. Quiero ser alma de oración, que será ser religioso santo; porque no puede darse alma de oración, si no se es alma de amor,

alma muerta a sí misma, alma santa. Quiero prepararme a recibir este don practicando las virtudes, viviendo recogido, ofreciéndome a Dios en compañía de Jesús, unido a sus intenciones, ofreciéndome en alabanza a la gloria de Dios y para que todas las almas le conozcan, le amen y se salven. Ya que me habéis escogido misericordiosamente para ello, ayúdame.

Jesucristo está clavado en la cruz, coronado de espinas y sufriendo deshonor por mí, por expiar mis pecados. ¿No querré siquiera abrazarme a la Cruz, practicar las virtudes, hacer penitencia y vivir recogido en ejercicio de amor por mí mismo y por todos mis hermanos los hombres? Pues sin merecerlo me habéis hecho esta gracia y puesto en mí esta confianza, quiero, Dios mío, llenarla y cumplirla en todo no dejándoos defraudado. Vos lo queréis, yo también lo quiero. Llamaré a Vuestra puerta hasta que enviéis con gracia eficaz la luz de la misericordia, del perdón y del arrepentimiento amoroso a todos.

Nada puedo; pero Dios es mi Padre todo poderoso y me da su poder. Con El todo lo puedo. *Pon tus ojos en mi impotencia y obra en este tu siervo.* Me darás la alegría de tu mirada y tu luz me dará más sed de Ti, y de participar de tu vida y beberá mi alma de Ti hasta saciarse de gozo repitiendo siempre: *eternamente estaré en Dios bebiendo de su amor y viviendo de su misma vida.*

Bendito sea mi Padre celestial que ha tenido la misericordia de llamarme y decirme como a mi Santa Madre: *Alma, búscate en Mí y a Mí buscarme has en ti.* Y eternamente viviré en Ti.

138. Estamos Dios y mi alma solos, a solas. Alma mía, ofréctete y ama a tu Dios. Orar es amar, es ofrecerse. Vive del amor a tu Dios. Eres, Dios mío, todas las cosas para mí; eres toda mi aspiración, todo mi amor. Los dos solos; con qué confianza te pido y me ofrezco. Soy tuyo y Tú eres mi Dios y mi todo.

Cuán cierto es que todo lo puede la oración oración. Ya recordé que San Felipe de Neri estaba tan cierto de esto que decía: *Dadme tiempo y yo lo conseguiré todo del Señor en la oración.* Porque el alma rendida a Dios en silencio de las potencias, cuando está humilde con toda su atención en Dios y Dios complaciéndose en ella, nada pedirá que no se le conceda. Esta alma sólo está ofrecida al amor y a que Dios sea amado. Decía el Señor a la Carmelita María de Jesús: *Si tú pides a Cristo por todo el mundo te ha de oír.*

Quiero estar siempre Contigo, Dios mío. Quiero que seas Tú quien me hable en el silencio y secreto de mi alma. Nada puedo soñar ni encontrar más grande ni más amable que estar Contigo amándote y recibiendo tu amor. Así están ya felices los ángeles y los bienaventurados en el cielo. Así haces Tú de mi alma un cielo, por lo que no tengo que envidiar a los mismos ángeles. Pero ellos están seguros de que te aman y ya son y serán siempre felices. Sabes y puedes convertir la tierra en cielo y del alma de oración, hablándola y llenándola de amor, haces un cielo, pues la llenas de Ti mismo.

Alma mía, búscate en Dios y te encontrarás en Dios con indecible luz y gozo.

OCTAVA LECTURA - MEDITACION

(Primera del día cuarto)

De la presencia de Dios

139. Dijo el Señor a mi Santa Madre Teresa de Jesús: *Búscate en Mí y a Mí buscarme has en ti.* Este pensamiento está tan lleno de verdad como de amor; y es tan profundo y luminoso como regalado y alentador. En él entreveo la luz del cielo y el regalo de los bienaventurados, y es también regalo del alma que vive el amor de Dios santificándose en la tierra. Esta luz y quizás el regalo quiere el Señor poner en mi alma y aun ser El mismo mi luz, mi amor y mi vida.

Porque es ciertísima verdad que Dios vive en mí y yo estoy en Dios, debo animarme a buscar a Dios dentro de mí mismo y buscarme y mirarme a mí en Dios.

La virtud de la presencia de Dios es tener siempre y en todas las acciones presente a Dios con amor para ofrecerle todo mi ser y toda mi voluntad; consiste, cuando es perfecta, en que mi alma,

en todas sus aspiraciones y acciones, mire a Dios y viva para Dios; en que yo vea y atienda siempre a Dios amoroso en mí y en todos los seres y acontecimientos. Los maestros y escritores de la vida espiritual me enseñan la necesidad de esta virtud; sin ella ni se puede crecer en el amor de Dios ni en la misma vida espiritual.

Es, al mismo tiempo, la virtud que más luz y mayor alegría y gozo pone en el espíritu. La presencia de Dios enseña a vivir a Dios y pone vida de Dios en el alma.

140. Dios está en mí; yo estoy en Dios. Dios me ha llamado al convento y a una vida de perfección para estar en mí más amorosamente y con unión de amor en mi alma. Sin merecerlo yo, con hartas ingratitudes y desvíos de mi parte, Dios me ha llamado y me llama a una vida de más íntimo amor con El. Quiere darme más amor y levantarme a una vida más santa si yo no pongo obstáculo a su llamada: quiere hacer de mi alma , y de todos los conventos y de todas las familias un cielo donde todo cante su gloria y su amor con agradecimiento y gozo de quienes lo cantan.

Dios es vida, verdad, amor y hermosura y es el omnipotente Criador de toda vida, de toda verdad, de todo amor y de toda hermosura. Dios quiere poner en mi alma esta su vida, verdad, amor y hermosura, para hacer en mi alma un cielo con belleza y amor de cielo, con armonía y cantar de cielo.

El ejercicio de la presencia de Dios impregna el alma de Dios y conduce al alma a aquella unión de amor con Dios, que, según enseña mi Santa Madre

Teresa, todos podemos alcanzar mediante la gracia divina, porque la gracia es participación y amor del mismo Dios. El Señor quiere esta unión en mí y no dejará de satisfacer la sed y ansia de este santo deseo si yo no dejo de esforzarme por conseguirla, de procurarla y pedirla. Vos, Dios mío, queréis darme esta unión y queréis vivir tan amorosamente en mi alma. Me esperáis dentro de mi misma alma y queréis que mire yo la hermosura de vuestro rostro y me esconda en vuestra divina luz recogíendome con Vos dentro de mí mismo.

Sé que Dios está todo en mí y que yo estoy en Dios, aunque de muy distinta manera. Dios está en mí infinito como es; está en mí con todas sus perfecciones, con toda su omnipotencia y sabiduría, con todo su amor y hermosura. Está en mí como Dios, como Criador y conservador; está por esencia, presencia y potencia. Está dándome el ser y la vida y cuanto tengo. Quiere estar por amor inmenso para llenarme de su amor y de su gloria y dicha. Dios está como acto purísimo e infinito con toda su infinita actividad. Yo estoy en Dios recibiendo de El cuanto tengo, desde mi ser hasta mi pensamiento y mi amor. Estoy como sumergido y empapado en el atributo de su inmensidad; no puedo dejar de estar en Dios ni esconderme de Dios. Como cuando me perfumo con esencias voy oliendo a lo delicado de los perfumes con que me he ungido, debiera también despedir de mí olor de Dios, de su amor; olor a santidad, pues estoy envuelto en el Señor.

141. Parece debiera serme connatural y sumamente fácil recordar continuamente la presencia de

Dios y vivir para su amor sin apartar mi mirada interior de su hermosura; veo, sin embargo, que es muy difícil practicar esta encantadora virtud. Mis sentidos ciegan y arrastran mis deseos. Lo disipado y loco de mi natural y de mis potencias y sentidos me inclinan a las cosas materiales y externas; los sentidos se solazan y gozan en lo terreno y mundano y atan y esclavizan al alma y la llenan de mil dissipaciones, vanidades y presunciones con olvido y menosprecio de Dios y de las riquezas eternas.

Me determino a luchar esforzadamente hasta sujetar los sentidos e imaginación al alma y que el alma esté atenta a su Dios. Quiero vivir en el recuerdo y amor de Dios. Para vivirle perfectamente me he recogido en el convento, he profesado y abrazado el apartamiento del mundo y de los hombres y vine a entregarme a la vida de oración y a mortificar mis sentidos y mi cuerpo. Para poder ser de Dios más rápidamente y vivir en Dios más fácilmente vivo en el convento, que es la casa de Dios, casa santa y no quiero profanarla. Quiero decidirme a vivir en Dios, a vivir interior y santamente; a vivir en el continuo ejercicio del amor de Dios. Sé que Dios quiere darme esta vida; para esto me ha llamado a vivir en su casa y junto a El; me es imposible vivir lo que renuncié y a Dios, y es sumo desconocimiento y locura querer unir el loco amor profano con el infinito y dichoso amor de Dios. ¿Cómo podré agradecer la gracia que el Señor me ha hecho llamándome y cómo corresponderé a este beneficio?

142. La vida espiritual y de perfección es vida de presencia y compañía de Dios, de recuerdo y ofre-

cimiento a Dios; no es vida muerta ni es opresión del corazón, sino muy al contrario, como la oración, es ejercicio de amor de Dios, es ensanchamiento y vuelo del corazón en horizonte de luz y serenidad. Tanto es más perfecta la vida espiritual cuanto se vive con más intenso amor, cuanto el alma aspira más intensamente a Dios y se ofrece más perfectamente; y tanto es más gozosa cuanto está más atenta a Dios y más compenetrada con El.

Durante unos períodos será vida más afectuosa y tierna y en otros será más pesada y desolada, pero siempre será vida de sed y de ansia de Dios y de aspiración a Dios. El alma se esfuerza por tener presente a Dios y en todo hacer su divino querer y Dios va muy ocultamente encendiendo el fuego del amor cada vez más fuerte en el alma y, con el amor, infunde las virtudes y un conocimiento nuevo de sus perfecciones. Dios va continuamente encendiendo la llama del amor hasta hacerla manifiesta e intensificando la sed de amar y de vivir sólo en Dios y para Dios hasta concedérselo con perfección.

Necesito esmerarme en la atención y delicadeza para no perder la presencia de Dios y fijarme que vivo y obro en Dios, envuelto en sus perfecciones y ante su misma mirada. Estoy en verdad lleno de Dios y no me fijo ni reparo quién es Dios y cómo quiere vivir en mí. Es mi obligación y ganancia apreciar esta divina presencia y vivirla con todo mi amor.

Bien recuerdo lo que me dice mi Santa Madre Teresa: *No os consideréis vacíos en el interior. Dentro de mi pecho y en lo íntimo de mi alma tengo un huésped soberano y dulcísimo. Está para enri-*

quecerme. Es mi Dios y mi amor, todo luz y belleza. Dios mío, que estás en mí y me amas y me pides mi amor para divinizármelo. También yo quiero amaros y os ofrezco mi amor. Quiero que mi pecho y mi alma sean el altar y el ara donde os sacrifique y ofrezca todos mis afectos y todas mis aspiraciones. Que os mire siempre y seáis mi continua y única aspiración. Quemad todas mis deficiencias y disipaciones. También os suplico humildemente vuestro amor para santificarme. Sin el amor de Dios nada soy.

143. La presencia y el recuerdo de Dios enseñará a mi alma a leer en todas las cosas que me rodeen y en todas las acciones que ejecute la verdad dulcísima de que Dios está presente en mí, verdad llena de belleza y de amor. Todo cuanto me acaece viene dirigido por la mano providente de mi Dios y en el momento y circunstancias previstas por El para que yo crezca en su amor y adquiera mayor cielo. Las alegrías como las penas o los desconsuelos serán luminosos indicadores que tienen grabado el bendito nombre de mi Dios, eterno e infinito; de mi Dios, que me quiere convertir todo en amor.

Mi convento es la casa de Dios; mi alma el templo vivo de Dios. Si yo se lo consiento y quiero, se encarga Dios de embellecer constantemente con nueva hermosura este su templo. Todo en este templo de mi alma debe cantar la gloria de Dios y pertenecer a Dios. Todo, Dios mío, quiero que sea para Vos solo y por Vos cuanto haga.

Dios, santidad por esencia, está en mí queriendo poner santidad, y tanta pondrá cuanta yo mismo

quiera. ¡Con cuánto amor me la pone! Ningún hombre, ni aun ningún ángel, puede darme la santidad. Es maravilla de sólo Dios y desea obrarla en mí si yo se la pido, la espero y quiero recibirla preparándome.

144. Quiero en lo que me quede de vida recogerme en mí mismo con mi Dios viendo mi nada y su infinita bondad para conmigo. ¿Cómo os agradeceré, Dios mío, la inmensa misericordia que me habéis mostrado escogiéndome para que yo viva en vuestra misma hermosura, en vuestra luz y de vuestra vida? ¿Cuándo habrán desaparecido de mí los obstáculos que me impiden vivirla?

Porque mucho lo deseo, pero aún me veo muy lejos de vivirla según vuestra divina voluntad y el deseo que me dais. Se me hace difícil llegar a vivir esta continua presencia vuestra. Sé que toda la culpa es mía por la flaqueza de mi voluntad y por la locura de mi imaginación; es mía la culpa por la falta de esfuerzo para dominar mis sentidos y mis gustos, por el poco cuidado para vivir recogido hacia dentro de mí y en Vos y por no aprovechar las pruebas que Vos ponéis en mi alma.

Quiero vivir de fe. Necesito que la fe sea el fundamento donde me estribe y la luz que me ilumine. La fe me enseñará a vivir a Dios en mí y a verle en todo lo criado, pues todo lo recibo de su mano; la fe me enseña que está en mi infinito, simplicísimo, inmenso como es, llenándome. Todas las pruebas me las manda Dios para mi bien, para que se desarrolle en mí su vida y crezcan la gracia y el amor. Te doy gracias, Dios mío, porque todo lo que obras en mí

es por amor y para darme más amor. En tus manos me confío y pongo mi vida, mi alma y todo mi ser. De tu mano recibo todas las bondades y todas las pruebas que me vengan y Tú eres quien me pone en el fervor sensible y tierno o en la seca aridez que mi alma siente y para mi bien permites, las tentaciones que me afligen. Con todas ellas quieres llenarme de tu amor y de Ti mismo por la gracia.

145. Ni la sequedad de espíritu ni la tentación impiden este amor, antes lo aceleran y aumentan. Durante la aridez me parecerá que busco a Dios y no le encuentro; en la tentación y en la oscuridad me veré como perdido y que me hallo sin Dios. Debo aprovecharme de los medios humanos para recordarle y vivirle, para estar recogido y fervoroso mirándole con fe. Pero no he de olvidar que no puedo alcanzar por mí mismo ni la gracia, ni la santidad, ni el amor de Dios, ni me los puede dar criatura alguna por sí misma o por los libros. Sólo Dios me los puede y quiere dar. En Dios he de vivir y afirmarme por la humildad y por la fe con confianza, y la fe me enseña que no está Dios menos en mí durante la tentación que estaba durante el fervor.

Es Dios quien pone mi corazón en prensa y mi alma en sequedad para exprimir todo el jugo y recuerdo del amor a las criaturas, a los bienes y a mí mismo que aún tengo; cuando lo haya exprimido todo, pondrá el perfume de las virtudes. El Señor ya tiene señalado el tiempo que me ha de prensar y el momento en que hará sentir en mí sus misericordias y su amor. Si pretendo fiarme de mí mis-

mo y de los medios humanos que mi prudencia me sugiera, nunca llegaré a obtener el fruto deseado. Si me entrego al Señor lleno de humildad y confiado, El me inundará de su amor como no puedo ni soñar.

Lleno de fe y de confianza te digo: Sé, Dios mío, que todo lo obras por amor y para poner más amor; en tus manos me pongo; obrad en mí según vuestra misericordia. Dios hará crecer la gracia y las virtudes en mi alma.

146. Me habéis llamado a vivir en vuestra casa y junto a Vos mismo para santificarme. Me sentáis a vuestra misma mesa para alimentarme con vuestro mismo amor y comunicarme con la gracia vuestra misma vida y embellecerme con vuestra hermosura. Cuando la aflicción o el dolor acongojen mi espíritu, a Vos recurriré y en Vos pongo toda mi confianza. No dejéis esta obra de la santificación de mi alma sin terminar. Me habéis criado para el cielo, llevadme al cielo primorosamente labrado y embellecido por vuestra misma mano.

¿Cómo venceré, Dios mío, las dificultades tan enormes que siento para alcanzar vuestra continua presencia? La primera y quizás principal dificultad me viene de mi loca curiosidad y de condescender con el regalo y gusto de mis sentidos; de la volubilidad y ligereza incontrolable de mi imaginación y de mi terrible presunción, soberbia y deseo de estima. Quiero empezar a ser humilde. La humildad lo consigue todo del Señor. Dios se deja vencer del humilde y se pone a disposición del humilde. El humilde confía en Dios y unido a El todo lo puede y

alcanza. De mi parte no soy capaz de tener ni un pensamiento bueno, pero Dios, bondad por esencia, está en mi alma y en mi entendimiento comunicándome luz de su sabiduría infinita.

No puedo confiar en mí aun cuando reconociera que el Señor me había dado talento o ingenio. Todo vale menos que aire para conseguir la santidad y vivir la presencia de Dios. Me las tiene que dar Dios; tengo que pedírselas a Dios. La mirada del Señor me iluminará y hermoseará con su luz y me mirará con tanto mayor amor cuanto sea mayor mi humildad. Hacedme humilde, Dios mío, para que podáis mirarme complacido y me améis; haceos presente a mí y llenadme de vuestro amor. Vivid siempre amoroso en mi alma y que yo os acompañe recogido y os ame.

147. En la vida social humana vemos el efecto psicológico; el darse cuenta de la presencia de personas de alguna dignidad o respeto, produce honda emoción y mayor cuando esta presencia se advierte inesperadamente. El afectado se esmera para desenvolverse a su vista con la mayor perfección y delicadeza. En la vida religiosa y centros de formación, si un novicio o educando se cree estar solo o lejos de la mirada de sus superiores y advierte de improviso que le están mirando su Maestro o Superior, siente sobresalto e instintivamente se examina si ha hecho algo menos correcto y lo hayan advertido o teme pueda desagradar en algo de lo que estaba haciendo ante los ojos de su Superior y de la persona de dignidad. Quisiera haber agradado en todo. Y bien mirado, esta persona no es nada más que un hom-

bre. Y ya que tanto me impresiona la mirada imprevista de un Superior mío o de una dignidad interesante, ¿por qué no recordaré la mirada de infinito amor y de infinita luz de Dios, mi Padre celestial, que siempre está viéndome y presente a mí? ¿Por qué no atenderé siempre a la hermosura y encanto de esos ojos llenos de amor y que me han de juzgar? ¿Por qué no me esmeraré en hacer lo que le es agradable y con toda delicadeza? Muy acertadamente aconsejan a los solitarios en sus soledades que *miren que Dios les mira*.

Ni tengo ocupación alguna en mi vida tan importante como hacer lo que es agradable a los ojos de Dios y mirarme en su hermosura. No he abrazado la vida religiosa ni me he encerrado en un convento para complacer a alguna persona o servirla, sino para agradar a Dios, para servir y complacer a todos por Dios, que me está mirando, y en todos mirar que lo hago a Dios. Quiero hacer en todo la voluntad de Dios, que está en mí y se agrada de mi buen deseo y obra. Bien está que mire a Dios en mis superiores y en mis hermanos, pero mi único fin debe ser hacerlo todo por sólo Dios y vivir ofrecido a sólo El.

Tus ojos, Dios mío, siempre están conmigo; no me ven tan sólo en lo exterior, sino que penetran mi interior y ven mis intenciones y miden mi amor y también todas mis infidelidades y defecciones. ¡Con cuánta libertad obro cuando estoy solo! Pero Tú siempre estás conmigo, en mi alma, en lo íntimo de mi ser; sabes lo que yo puedo y lo que yo hago. Dame tu amor; dame esfuerzo y rectitud de intención. Dame obras de luz, de belleza tuya, de amor tuyo.

Vísteme el vestido de tu gracia para que mis acciones sean de vida eterna y canten tu gloria.

148. Se gozaba San Bernardo pensando que nunca estaba tan bien acompañado como cuando estaba solo. Veía la soledad llena de luz y de armonías de cielo y la consideraba como la única felicidad en la tierra, porque te miraba a Ti y vivía en tu presencia; porque sabía que Tú le llenabas de tu luz y de tu hermosura con tu presencia, y te complacías en sus obras de amor. Se veía amado de tu infinito amor.

Donde Tú estás verdaderamente está el cielo, porque Tú eres el cielo de los bienaventurados. ¿Qué comparación puede tener el cielo local, donde reciben gloria los bienaventurados, comparado Contigo mismo? El cielo es cielo porque, Dios mío, le llenas con tu gloria y porque ha recibido de Ti lo que has querido darle. Tú eres la gloria esencial y verdadera y pones la gloria que quieres en lo demás. Del cielo local a Ti hay infinita distancia, como la hay de lo más perfecto de la creación a tu ser infinito. No puede haber proporción entre lo criado, por nobilísimo y grande que sea, y Tú, Creador de todo e infinito por esencia. Tú eres la gloria y felicidad verdadera y única. De Ti procede todo bien. Y Tú, Dios mío, vives en mi alma y eres la lámpara que continuamente la está iluminando. Tú quieres hacer de mi alma un cielo verdadero. Me has llamado a la vida religiosa para que, procurando la perfección y vivir en tu amor, puedas hacer de mi alma un cielo.

Nada hay más bello que el cielo verdadero. La gloria es felicidad porque es luz de tu luz, y belleza

de tu belleza, y amor de tu amor. Nada puede haber oscuro ni manchado en la gloria; todo es armonía, esplendor y gozo. Todo está lleno de la infinita felicidad de tu esencia y de tus infinitas perfecciones.

Y quieres Tú, Dios mío, llenando con tu presencia mi alma de luz, de limpieza, de bien, quieres hacer de mi alma un cielo verdadero. Quiero yo que todo en mi alma sea luz, limpieza y amor; quiero estar recibiendo luz de tu luz y amor de tu amor en lo íntimo de mi alma.

Temía el santo rey David que estuviese su alma manchada con alguna culpa ante la luz purísima de tu mirada. Con todo mi entender me apropio las palabras tuyas que rezo en los Salmos. Si yo estoy en culpa ante Ti, *¿adónde podré huir de tu rostro y que no me vean tus ojos? Si subo al cielo, allí estás Tú; si descendiera hasta lo profundo del infierno, allí te veo presente; si en un supremo esfuerzo extendiera mis alas y llegara a vivir en el medio del mar, también allí me conduciría tu mano y me hallaré bajo el poder de tu diestra. Tú eres dueño de mis afectos. Alabarte he a la vista de tu estupenda grandeza.*

149. Aquí en el retiro de mi convento estás Tú amorosamente llenándolo y pones tu luz divina en el claustro, en la celda o en el lugar donde estoy y de modo inexplicable llenas mi alma de tu hermosura. ¡Oh hermosura, amor y felicidad eternos que la pones en mí! ¿Cómo no he de llenarme de gozo amándote? ¿Cómo no he de deshacerme en agradecimiento por esta tu misericordia y pedirte guar-

des siempre mi alma limpia con tu hermosura y con tu limpieza? Perdóname el tiempo en que no te miraba y ponía mancha en mi alma, que era ponerla en tu misma hermosura. ¿Cómo podré comparar ninguna belleza de criatura con la tuya ni ningún gozo de conversación con el tuyo?

Dios me llena y quiere hacerme luz y hermosura. Es ésta una verdad filosófica y teológica y lo es de fe. No es una fantasía mía o un sueño de ilusión; es una hermosísima realidad espiritual. Dios infinito, acto purísimo de infinito poder, inteligencia infinita que lo crea todo, está presente en mi alma, está dándome el ser y el obrar; está amándome y conociéndome y viéndome en todos mis deseos y afectos con una perfección y claridad que yo no puedo tener. Yo no veo ni advierto muchas de mis mismas acciones ni lo que hay en mi alma. Dios sabe y está viendo perfectísimamente hasta la más recóndita intención de mi espíritu y ve cómo está mi alma de sus acciones pasadas. Todo yo y toda mi vida estamos presentes a Dios. Limpia, Dios mío, con misericordia y bondad de Padre esta mi alma; ten misericordia de mi pasado; ilumínamela con tu luz y llénamela de tu amor. Dame tu purísimo amor para que siempre te ame.

Cuando me encuentro solo, ¡qué bien acompañado estoy! ¡Si esa tu mirada se grabase imborrablemente en mi memoria y en mis potencias y viese, Dios mío, con los ojos de mi espíritu que Tú me miras y tu luz me envuelve, qué rectitud y qué amor habría en mí! ¡Cómo te amaría y sería santo!

150. La fe, esclarecida con la filosofía y la teología, me dice: Mira dentro de ti; recógete en ti mismo con tu Dios. Dios está en ti dándotelo todo, porque te quiere enriquecer y embellecer, y dándote todo, porque te quiere enriquecer y embellecer, y dándote no sólo la vida y el entender y el amor, sino también dándosete a Sí mismo. Recógete en Dios; gózate en la hermosura y amor de Dios y pídele te conceda *vivir escondido, sin salirte jamás de su luz, en lo escondido de su divino rostro*, que es el Verbo Divino, o sea la Sabiduría del Padre, fuente de toda luz, manantial de todo saber y creador de todo bien.

Dios quiere esconderme en lo escondido de su mirada y comunicarme gozo de su gozo y vida de eterna vida. Abrázate, alma mía, con esta Vida eterna, que es luz indeficiente, bondad sin sombra y *sabe a vida eterna*.

Dios quiere llenarme de un amor que supera a todo conocimiento criado, esconderme en la luz de su mirada y hacerme llama de su mismo amor. Para ello me pide que quiera yo también ser luz y llama. He de procurar no mancharme ni oscurecerme con ninguna mancha e infidelidad; no enfriarme con disipación o curiosidad vanas ni con tibieza; no salirme de esta hermosura y luz de Dios para que el Señor me absorba y esconda en su claridad y me haga vida de su misma vida, hermosura de su hermosura. Corazón mío, mira siempre hacia arriba; levantado sobre tu humildad y sostenido por la misericordia de tu Padre celestial, anhelando y suplicando su amor, espera confiado en El. ¡Oh retiro amado y bendito de mi convento, que me preservas

y apartas del mundo y pones en los brazos e intimidades de Dios, bendito seas y que nunca yo me salga de ti! ¡Y bendita seas soledad amable más que todos los bienes del mundo, porque en ti se comunica Dios a mi alma! Quiero vivir no saliendo de mí, sino recogíendome con mi Dios.

151. Dice Santa Teresa que donde está Dios está el cielo. Es verdad tan clara como las que llamamos de sentido común, pero es muy poco meditada y menos vivida. Dios quiere hacer de mí cielo. Puede mi alma ser hecha cielo. Será cielo no porque yo dé felicidad a Dios; es Dios quien da felicidad al cielo, no el cielo a Dios. Es Dios el Criador del cielo y el cielo sólo tiene la hermosura que Dios quiere darle. Dios pone en el cielo el amor, la hermosura y el encanto de gloria que quiere. El cielo es cielo, la gloria y la felicidad es felicidad porque son vida de Dios y reciben amor y gloria de Dios. Todo en el cielo es canto de gloria y luz de gozo.

Dios quiere hacer de mi alma cielo. El alma que está en gracia es cielo de Dios. En proporción de la gracia y del amor que el alma tenga es la gloria que recibe y la vida que tiene. La gracia es participación de Dios. En el cielo y en la tierra lo más hermoso criado es el amor de Dios y la luz de la gloria. Según sea la gracia y el amor del alma será en el cielo la intensidad de sabiduría y de luz o gloria del alma. Los astros en el firmamento están despidiendo de sí fulgor y brillo de la hermosura que Dios ha puesto en ellos. Con su hermosura cantan la hermosura de Dios. Dios los ha hecho y los ha encendido en luz perenne.

Dios quiere hacer de mi alma un templo y un ciclo vivos con su amor. Me da su amor y su vida, que es lo más grande y hermoso, y me los da en la proporción que yo quiera según las virtudes que yo ejercite. Me quiere comunicar su sabiduría. Dios mío, que me llamaste al recogimiento del convento para que pudiera vivir mejor tu vida y tu amor. ¿Dónde podré encontrar nada semejante a esta vida, ni gozo que pueda parecerse al gozo de estar Contigo y recibiendo amor y vida tuya? Con ello conviertes el convento en un cielo y le llenas de tu gloria y haces de mi alma trono de tu amor para cantarte el himno de la alabanza en el más íntimo gozo. ¿Cómo te lo agradeceré yo? Que nunca me salga de Ti, ni me deje de esclarecer tu amor. ¿Cuándo me será dado que conozca y aprecie debidamente tan soberana grandeza de llamarme a ser tuyo y a vivir en tu vida en el retiro de la religión?

Los astros brillan en el espacio colgados de la omnipotencia de Dios y yo debo brillar callado en mi convento, pendiente del querer divino y encendido en su amor.

152. San Bernardo veía su celda como un cielo, porque te estaba amando a Ti en ella. San Juan de la Cruz decía no podía ya vivir fuera de la soledad, porque en la soledad gozaba más silenciosa, íntima e ininterrumpidamente de la comunicación de amor y de la luz de tu vida. Se miraba lleno de gozo en tu hermosura. Toda la belleza de la creación le parecía fealdad al compararla con tu misma hermosura; todo gozo le resultaba triste ante el recuerdo del gozo y alegría que en Ti vivían. Santa Te-

resa, tan enamorada de las flores, pasados algunos años decía que al ver la belleza de las rosas y de los campos sentía deseos de cerrar los ojos, porque la parecía fealdad recordando la hermosura que en Ti mismo había visto. Habíaís hecho un cielo de sus almas y se gozaban con deleite incomparable en tu mismo gozo. Sus almas estaban limpias y hermosas, encendidas e iluminadas con tu amor como en el cielo. Dios mío, que estás en mí y llenas mi alma, que quieres hacer de mi alma cielo; límpiame e ilumíname para que yo quiera ser cielo tuyo limpio y hermoso y me abrace íntimamente con tu vida, que es gozo sobre todo gozo y hace de la religión lo más grande y hermoso del mundo. Porque nada hay tan grande ni tan deleitoso como estar Contigo y escuchar la verdad de tus mismos labios y recibir la luz de la mirada de tus ojos. Mirando tus perfecciones en el retiro y silencio de mi convento veo, y en cierta manera palpo, una alegría anticipada de la felicidad que tendré al ver tu esencia en el cielo.

Si el silencio, si la celda, el retiro y la soledad se me hacen tediosos o pesados es indicio de que no he dejado a Dios hacer de mi alma un cielo, donde ponga su luz y lo ilumine con su verdad.

Dios, que me ha criado para la felicidad eterna y para vivir vida eterna —que es vivir su misma vida—, empieza dándome ya aquí en la tierra esta su misma vida y amor, que han de ser mi gozo y felicidad en el cielo.

La felicidad eterna es ver la esencia divina y las infinitas perfecciones de su ser; es beber sabiduría y amor en esa divina esencia y estar transformado en luz y hermosura de Dios. Esta es también mi

vida en el claustro; mi dichosa vida si muero a todo lo demás y me recojo humilde en el Señor y me miro en Dios; porque Dios me llenará de Si mismo.

153. Los astros en el firmamento son mundos inmensos criados por Dios, y van despidiendo de sí fulgores y, con su brillo y magnificencia, cantan la gloria de Dios. El Señor los encendió con luz incandescente para heraldos de su omnipotencia; irradiando destellos, iluminan la gloria divina.

Con luz más bella y perenne quiere Dios iluminarte a ti, alma mía, para que, vestida y hermoseada con su mismo amor y participando por la gracia de su vida, seas cielo de Dios e irradies bondad y luz divinas. Dios está en mí y me ha escogido para vivir en El y para cantar su gloria, y me siento gozoso cantando unido a los ángeles y santos del cielo y de la tierra las alabanzas divinas: *La magnificencia del Señor está sobre todos los cielos. Las generaciones todas, oh Señor, celebrarán tus obras y pregonarán tu poder infinito. Publicarán la magnificencia de tu santa gloria y predicarán tus maravillas. Hablarán de cuán terrible es tu poder y pregonarán tu grandeza. A boca llena hablarán de continuo de la magnificencia de tu suavidad y saltarán de alegría por tu justicia. Alábente, oh Señor, todas tus obras y bendigante todos tus santos. Ellos publicarán la gloria de tu reino y anunciarán tu poder infinito.*

Soy astro vivo y consciente de Dios, quien ha tenido la bondad infinita de hacerme brillar con la luz de su misericordia y comunicarme su misma vida. Para que la reciba más perfecta me ha recogido jun-

to a Sí, donde nadie me lo impida, en el silencio del claustro. Debo irradiar de mí, como los astros del firmamento, luz de Dios y calor y vida de Dios. Es obligación mía guardar limpieza de astro divino y mirarme en la luz de Dios para beber luz de su luz y recibir nuevo brillo de su claridad. Llevo siempre a Dios dentro de mí y en Dios debo tener fijos mi recuerdo y atención.

154. Sé que el Señor me dice las palabras que comunicó al patriarca Abraham: *Anda en mi presencia y no pecarás*. Llévame siempre en tu corazón y en tu afecto y tendrás obras de luz y recibirás vida mía con la intensidad que quiero generosamente comunicarte. Mi regla me lo recuerda y manda con esta frase: *Medita de día y de noche en la ley del Señor*; que es tanto como decir: vive en tu Dios; mira a tu Dios; ama a tu Dios teniéndole presente continuamente en tu alma. Mi Santa Madre me añade que si cumplo esto con perfección cumpliré todo lo demás. Me llenará Dios y será mi amor y mi vida.

Alma mía, qué gozo inundaría todas tus potencias y qué paz revertiría por todo tu ser. Serías de Dios por amor. Dios sería para ti. Te mirarías en Dios y verías a Dios en ti. Sentirías que Dios era tuyo y te daba su poder con su amor. Así le veían mis Santos Padres; así le vieron las almas santas.

Cuando las pruebas, las tentaciones y los sufrimientos pretendían acobardar el espíritu de mi Santa Madre, cuando el demonio pensaba amedrentarla, tomaba ella una cruz en sus manos y, enfrentándose con el infierno, decía: *Ahora venid todos, que, siendo sierva del Señor, yo quiero ver qué me po-*

déis hacer. Que me pareciera fácilmente con aquella cruz los venciera a todos. El demonio tiene miedo al alma vestida de la gracia de Dios y que, entregada a la oración, ha puesto toda su confianza en el Señor. El alma que vive a Dios es invencible. Me anima sobremanera cuando leo en mi Santo Padre que el alma vestida de la gracia y del amor de Dios es Dios por participación y participa de las perfecciones y atributos de Dios. El demonio la teme, como le temía a El.

¿Qué no podrá un alma puesta en Dios por unión de amor, viviendo a Dios y que tiene en Dios toda su confianza? Si soy débil e impotente, si me vence la flaqueza, es porque no confío cuanto debo en el Señor y pongo la confianza o en mí o en la ayuda de la prudencia humana y de los medios humanos. Ya me enseña el profeta Isaías que el hombre es como una caña hueca y apoyándose en él, como la caña, se rompe y se clava en la mano sacando sangre y causando dolor. ¿Cuándo, Dios mío, me pondré confiado en vuestros brazos y me miraré en vuestros ojos de amor, como se mira el niño en los de su padre? ¿Cuándo seréis Vos mi vida y os viviré a Vos como a vida mía y a perfecto y único amor mío? Y Vos lo sois para mí y estáis en mí y me llamáis y esperáis. A Vos quiero yo ir y entregarme.

155. Para conseguir la perfección me es necesario llenarme de Dios llenando mis potencias y sentidos. Debo disponerme para que Dios sea mi vida y mi pensamiento. ¿Por dónde empezaré y continuaré para conseguir esta presencia de Dios? Veo muy cierto que Dios mismo lo tiene que hacer en mí, pero

quiere el Señor que yo recurra a El y haga lo que está de mi parte y luego le deje obrar en mí.

Debo empezar por esmerarme en llenar de Dios lo más loco e imperfecto que hay en mí, cual es mi imaginación. Los sentidos exteriores no pueden ver a Dios; ni aun en el cielo pueden verle, porque la materia no puede ver el espíritu, como es incapaz de entender. A Dios le verá el entendimiento.

Tampoco la imaginación puede ver ni comprender lo espiritual, pero puede, a su manera, formar una imagen de lo espiritual. La imaginación influye en el entendimiento presentado las imágenes. La imaginación deslumbra con sus imágenes al entendimiento y le arrastra o le turba. La imaginación nos empuja hacia el mal y hacia el bien. Debo intentar llenar mi imaginación de luces hermosas de cielo y de la belleza imperecedera de Dios, luz sobre toda luz. No hay encanto que yo pueda fantasear, que guarde proporción con el encanto soberano y la belleza infinita de Dios. Procuraré ayudar con mi imaginación esta dulcísima y ciertísima verdad: *Dios está en mí; Dios me llena y me rodea. Dios está en mí perfectísimo e infinito con toda su omnipotencia por el atributo de la inmensidad y simplicidad.* Está en toda su infinita actividad y actualidad como está conservando los mundos a distancias de millones de años de luz; porque siendo acto simplicísimo está todo en todas partes y con toda su infinita perfección.

Cree la ciencia de los astrónomos modernos que el radio del universo puede tener diez mil millones de años de luz, y alguno dice que cien mil millones. Lo mismo está Dios allí que en mí dando luz y mo-

viendo todo. Dios es el centro de todo. Está allí y aquí, todo perfectísimo, omnipotente.

Dios está en mí perfectísimo y por el atributo de su inmensidad me rodea y llena como el aire a una partícula de polvo, como el agua del mar a una esponja, como la luz del sol a un átomo del aire. Dios me está iluminando. No puede comprenderle mi entendimiento, porque supera a toda comprensión, ni puede imaginarle mi fantasía, porque es luz superior a toda luz y belleza sobre toda belleza sin poderse comparar a belleza alguna criada; pero mi entendimiento le ve con la infinita grandeza que me enseña la fe, aunque a oscuras, y mi imaginación le figura como algo sensible.

La presencia de Dios imaginaria es mirarle con la imaginación como luz que me rodea e ilumina, como aire que me da su aliento y me llena, como belleza y felicidad que me abraza y vivifica comunicándome dicha y hermosura, como luz ante mis ojos.

Es también mirar a Jesús en su vida en la tierra que está conmigo acompañándome y uniéndome a su amor. Yo hago en su compañía lo que El haría en estas circunstancias y en este momento, con el amor inmenso con que El obró y ahora me lo da para que yo me lo apropie y haga mío.

Nada más hermoso, ni más útil, ni más variado que esta presencia de Dios. En todo cuanto pienso, en todo cuanto hago, puedo mirar a Jesús conmigo y hacerlo como Jesús lo haría. En el retiro y silencio de mi celda, en mi estudio y trabajo, como en la oración, Jesús está conmigo, ama conmigo y lucha conmigo. Si barro, si estudio, si trabajo, si cavo

o preparo la comida a mis Hermanos, Jesús me acompaña. Si le alabo en el coro o en una humillación, Jesús no se aparta de mí. ¡Oh mi Jesús! ¿Como lo hacías Tú? ¿Cómo lo haces? ¿Con qué amor y con qué atención lo ofrecías a tu Eterno Padre? ¡Qué dulcísima compañía tengo Contigo cuando estoy solo! ¡Qué amabilísima me resulta la soledad en unión Contigo!

156. Puedo renovar el modo de acompañarme Jesús según lo celebra la Iglesia en las distintas festividades: glorioso en su Ascensión; de inefable alegría en su Nacimiento; ofrecido en dolor en su Pasión. Siempre, oh Jesús, me acompañas y puedo mirarte y estar Contigo según me dé mayor afecto. Desde el cielo no se aparta de mí tu mirada. ¡Qué bien se siente el alma con este divino acompañante y modelo, con este consolador y divino amador!

No quiero dejar de acompañar y refugiarme con Jesús en la Eucaristía, donde está con la misma realidad que en el cielo. Ahí puedo hablarle sin imaginarme que está lejos, sino mirándole muy cerca; puedo comunicarme directamente con El y enriquecerme con las riquezas de su amor. Dios mío, que nunca te olvide y en todas partes te mire y me mire lleno de Vos.

¡Con qué amor en vuestra pobreza y con qué silencio de amor vivías, oh Jesús, en tu casita pobre de Nazareth! ¿Cómo eran tus relaciones con tus padres en la intimidad de la familia y cómo te ofrecías y amabas? ¡Oh divino amor, que me lo das todo para que yo lo tome para mí, lo viva y me enriquezca con ello! De mi convento y de mi celda debo ha-

cer, a semejanza tuya, un nuevo Nazareth y hasta un cielo delicioso lleno de Ti! La mayor riqueza es vivir escondido con Dios y amando.

Si yo me determinara a desentenderme de este raquitismo rastrero y materialista de mi natural y me pusiera en viva y pura fe en Vos, obraríais, Dios mío, maravillas sorprendentes en mi alma. Estaría yo cierto de que mi alma era cielo, pues Vos la llenabais con vuestra infinita presencia.

Quiero empezar por procurar llenar mi imaginación de esta presencia de Dios. Quiero vivir a Dios con mis sentidos interiores para que ayuden a llenarse de Dios mis potencias y se inflame todo mi ser en amor a Dios. Quiero darme bien cuenta de esta divina realidad: *Dios infinito está en mí*. Quiero deletréar en todas las cosas y en todas las circunstancias su nombre adorado y amado para que mi atención se estacione en mi Dios; para fijarme que Dios todo lo dirige desde mi propia alma. Lléname de Ti, Dios mío, los sentidos y potencias. Me es difícil vivir esta vida, porque no me determino a negarme a mí mismo y a despegarme de las cosas de la tierra. Me es difícil por mi inconstancia y flaqueza. Como la imaginación nunca está quieta ni vacía, sino llena de mil impertinencias —y frecuentemente de mil fantasmas desordenados y malos—, necesito poner todo mi esfuerzo para llenarla de la luz de Dios y de su divina presencia. Necesito ser muy humilde y viendo que por mí solo no puedo conseguirlo, os pido, Señor, me lo concedáis Vos. Llenadme de Vos para que os viva.

157. Leo que los Santos sentían sed de Dios. Con David repetían: *Como desea y busca el ciervo los frescos manantiales para refrigerar su sed, así, Dios mío, te desea el alma mía.* Porque te deseaban te buscaron y te encontraron. En todas las partes y en todos los acontecimientos delectaban con amor tu nombre; en todas partes te sentía su corazón y veía la dulcísima mirada de esos ojos tuyos clarísimos y de amor infinito.

También yo quiero buscarte, Dios mío. También quiero que llenéis este mi corazón. ¿Cuándo seré lo suficientemente humilde y recogido para que grabes de modo imborrable en mi alma esa tu mirada de hermosura y bondad?

Leo en mi Santa Madre que veía en su alma tus ojos fijos y llenos de luz; aun en los mayores quehaceres sentía vuestra presencia íntima y amorosa en el misterio de vuestra Trinidad Santísima; la tenía en sí misma como dulcísima imagen de belleza y de amor misteriosamente grabada en su espíritu misma mano por vuestra y hecha como sustancia de su misma alma. No se la desaparecía ni aun oscurecía nunca esta vuestra presencia ni en los trabajos y viajes, ni en el necesario trato con las personas. Vuestros ojos de cielo se reflejaban en su alma lo mismo en la soledad silenciosa que en los trabajos de construcción de sus conventos, sin que fuese obstáculo alguno el trato necesario de sus ocupaciones; antes la comunicaba prudencia y daba perspicacia para no ser engañada y ponía mayor santidad en cuanto ejecutaba. Por esto era tan admirable su prudencia y tan recta su voluntad. Esta era la altísima voluntad que la levantaba sobre lo cria-

do y sobre sí misma en ansias de ver sin velos a Dios.

Mi Santo Padre decía vivía siempre en esta presencia vuestra y envuelto continuamente en vuestra luz y absorto en vuestra hermosura. En Vos mismo veía y recordaba sus obligaciones y encontraba la solución a sus dificultades. Por el encanto de vuestra luz y de vuestra mirada decía que ya sólo podía vivir en la deliciosa soledad para miraros sin estorbo y deseando poseeros en la gloria.

A esta presencia vuestra aspiro yo, Dios mío, y os la pido. Mientras no me recoja en esta vuestra luz y vida no podrán llegar en mí a su perfecto desarrollo ni el amor ni la santidad ni podré recibir el deseado don de la oración, que es ejercicio de amor y vida de amor y entrega y, acompañamiento de amor.

Porque os miraba y vivía, os veía en todas las cosas y en todas recogía vuestro amor, sin que ninguna criatura ni encanto exterior fuera bastante poderoso para apartarle o distraerle. Tenía en su alma una mayor belleza y atracción, que érais Vos mismo, con la cual nada se puede comparar y ante ella todo le parecía y era como sombra o fealdad. Todo, hasta la misma inconstante y loca imaginación, le hablaba ya de Dios. Repasa rápido la creación entera y en todo os encuentra a Vos:

Mi Amado las montañas,
Los valles solitarios, nemorosos,
Las ínsulas extrañas...

hasta ese vagar inquieto de la imaginación cuando le presenta *ínsulas extrañas* le habla de Dios, su Amado, como todas las demás acciones de la vida. Hasta la propia flaqueza le muestra a Dios y le enseña a ponerse más en Dios y a amarle más abnegadamente.

Por esto escribía que en Dios «ve el alma y gusta... abundancia, riquezas inestimables, y halla todo el descanso y recreación que ella desea, y entiende secretos e inteligencias de Dios extrañas, que es otro manjar de los que mejor sabe; y siente en Dios un poder y fuerza que todo otro poder y fuerza priva, y gusta allí admirable suavidad y deleite de espíritu, halla verdadero sosiego y luz divina; y gusta altamente de la sabiduría de Dios que en la armonía de las criaturas y hechos de Dios relucen, y siéntese llena de bienes y ajena y vacía de males, y, sobre todo, siente y goza de inestimable refección de amor».

158. Con esta continua y divina presencia siente el alma que el retiro y convento donde vive, y el mundo todo, es la casa de Dios y verdadero noviciado y antesala para el cielo y que está participando ya de la mesa de Dios en sin igual y regalada refección. Todo la sabe a Dios, porque todo lo ve y gusta en Dios.

Ni aun las sequedades ni tentaciones deben ser bastante poderosas para quitarme esta seguridad de Dios y de que estoy en la casa de Dios y en el mismo Dios.

Bien sé yo, Dios mío, que el tormento más terrible de este mundo es **verse** el alma, que os ama,

como alejada de Vos, como perdida, y que no hay remedio para ella. Pero también sé que esta fuertísima prueba la han sentido los Santos y viene permitida por vuestra bondad para mayor bien y ganancia del alma. Permitís que sobrevenga este dolor, que muchas veces pacere inconsolable, porqueamáis mucho al alma y queréis darla muy especial galardón. Es para mayor gloria del alma.

Ya mi Santo Padre me enseña que *salga Tras Ti clamando* y me señala el camino por donde con toda seguridad os he de encontrar. Recogiéndome, dice, dentro de mí mismo con Vos, porque Vos estáis escondido y muy amoroso en lo íntimo de mí mismo. Me estáis dando vida y calor sin notarlo yo mismo, y lo que me parece muerte es verdadera vida y causa nueva vida en mí. Debo recogerme en fe con mayor seguridad que nunca, sabiendo que Vos estáis en mí y no me abandonaréis. «En este sepulcro de oscura muerte le conviene estar para la espiritual resurrección que espera.» La fe me enseña que Vos estás en mí iluminando todas mis oscuridades y poniendo cielo en mi alma. Cuando llegue el momento señalado por Vos, romperéis esta losa que parece cubrirme, me llenaréis de vuestra luz, me resucitaréis de mi propia hediondez y en estrecho e íntimo abrazo me daréis vuestro amor. Por esto. Santa María Magdalena de Parzis pide, a Dios la de en su vida el desnudo padecer.

Vuestra presencia y vuestro recuerdo me son sumamente necesarios. Con ellos sería ya muy santa y fiel mi vida. Con ellos viviría ya vuestro amor y sería mi gusto estar recogido con Vos en oración. Mi vida toda sería de oración y de amor. ¡Qué fácil y

gustoso es discurrir sobre lo hermoso y provechoso de vuestra presencia y de vuestro reguerdo en el alma y cuán difícil en la práctica! El alma se alienta y lo desea pensándolo; pero qué débil y poco esforzado soy para abstraerme de las cosas y de las compañías de las personas y ejercitar perseverantemente esta virtud. Dadme, Dios mío, esta presencia vuestra y que yo os mire en amor. Si os deseo —y creo os deseo—, ¿por qué no me he determinado aún a dejarlo todo para ser todo vuestro y que Vos seáis todo para mí? Hacedos presente en mi alma y con mi Santo Padre os digo:

¡Oh cristalina fuente,
Si en esos tus semblantes plateados,
Formases de repente
Los ojos deseados,
Que tengo en mis entrañas dibujados!

¡Oh si yo siempre me mirase en tu luz y tuviese presente la infinita hermosura tuya, que se refleja en mí! ¡Si yo siempre me abrasase en la hoguera de tu amor!

159. Vivo en la casa de Dios. Me alimento del Pan de los Angeles recibiendo en la Eucaristía al mismo Jesús. Trato los objetos santos con mis Hermanos consagrados a Dios y, como yo, llamados por el mismo Dios para ser santos. Debo hablar y pensar siempre santamente y de Dios, y, sin embargo, cuán olvidadizo soy aún de Dios. Este soy yo, Dios mío. Estoy metido en vuestra misma hoguera y tan reacio al fuego que no me abraso. Vos veis mi flaqueza. Con humildad os pido que me abraséis ya.

Que deje de ser ya mariposica loca e inquieta que revolotea por todas partes deteniéndose en todas las cosas, y que empiece a ser totalmente vuestro y venga a vuestra llama para quemarme en vuestro amor. Hacedme brasa de vuestro fuego.

He leído en los libros los medios para adquirir la presencia de Dios. La oración, la humildad, la caridad, la mortificación, el recogimiento, las virtudes todas me darían una continua presencia de Dios y vestirían mi alma de la hermosura de la gracia. Pero aún no pongo atentamente éstos y los demás medios espirituales para adquirirla. Poneos Vos mismo en mi alma; con David os digo: *Haz brillar sobre tu siervo la luz de tu divino rostro*. Sólo Vos podéis hacer efectiva vuestra presencia en mi alma. Dichoso será ese momento tan deseado; porque cuando Vos os hacéis sentir en el alma se aprende la sabiduría de cielo que ni los hombres ni los libros pueden enseñar. Y se aprende cuán infinitamente amable sois Vos sobre todas las cosas.

Porque Vos sois mi Criador infinito en todas las perfecciones, os deseo amar sobre todas las cosas y más que a mí mismo. Porque sois mi Dios y la sabiduría, hermosura y amor infinitos quiero mirarme siempre en Vos y sin interrupción tener vuestro recuerdo en mi memoria y vuestro amor en mi alma. Quiero deletrear vuestro nombre bendito en todas las acciones mías. Me determino a trabajar cuanto alcancen mis fuerzas por estar continuamente en vuestra presencia y hacer mis obras en vuestra mirada y en Vos mismo.

160. Dios mío y Padre mío, me habéis hecho la merced no merecida de traerme a vivir en vuestra misma casa, de consagrarme a vuestro servicio y a vuestro amor. Queréis llenar mi alma de ese vuestro infinito amor y hacerme sentir cuán deleitablemente amoroso e inmenso sois sobre toda criatura. Queréis llenarme de vuestro amor para que, viviendo de vuestra misma vida, ya no obre yo con este ruin y voluble corazón mío, sino con el tesoro infinito de vuestra bondad, que ponéis pródigamente a mi disposición. Alma mía, levanta tus aspiraciones a tu Dios en entrega de amor. Sé ya toda de Dios. No quieras poner obstáculos a su misericordia. Dios quiere convertirme en tesoro suyo y ser tu amoroso guardián escondiéndote en el cielo de su hermosura y de su luz para que nadie pueda robarte. Guárdate gozosa en el pecho de Dios. ¡Qué rica serás viviendo en la hermosura divina y cuán dichosa!

Padre mío celestial, de mi parte sólo puedo tener deseos y daros gracias por vuestra misericordia. Con el Real Profeta te digo: *Contigo ha hablado mi corazón; en busca de Ti han andado mis ojos. ¡Oh Señor, tu cara es la que yo busco!* Mientras no me miréis Vos ¿qué puedo producir yo, sino maleza, oscuridad y fealdad? ¿Qué puedo hacer sino poner mancha en este cielo de mi alma? Mírame y lléname de tu sabiduría y hermosura. Fija en mí tus ojos de amor para que yo siempre te mire y Tú me estés embelleciendo. Con mi Santo Padre te digo:

Cuando tú me mirabas
Su gracia en mí tus ojos imprimían;
Por eso me adamabas
Y en eso merecían
Los míos adorar lo que en ti vían.

Mírame y enséñame la sabiduría de la cruz para quitar de mi alma toda fealdad; enséñame la sabiduría de morir a mí mismo, de vivir recogido Contigo, de permanecer confiado en el sepulcro de la prueba de la tentación, de mi nada hasta que vengáis Vos a darme vida de Vos mismo. Mírame y ten misericordia de mí *según la esperanza que con vuestras palabras me habéis dado*.

Pues me habéis traído a vuestra casa para vivir en vuestra presencia, para tratar continuamente con Vos y con vuestros bienaventurados del cielo, que mi corazón no se salga a tratar de nuevo las cosas de la tierra. Enseñad vuestra belleza a mi ignorancia para que nadie pueda alejarme de Vos. Vestidme de vuestra hermosura para que toda la de la tierra me parezca lo que es: fealdad comparada con Vos, y de ese modo deshaga en mí el amor terreno. Con Santa Teresa os invoco diciendo:

¡Oh hermosura que excedéis
A todas las hermosuras!
¡Sin herir, dolor hacéis,
Y sin dolor deshacéis
El amor de las criaturas!

Y con San Juan de la Cruz diré:

Por toda la hermosura
Nunca yo me perderé
sino por un no sé qué
que se alcanza por ventura.

Sólo Vos podéis darme ese *no se qué* que sois Vos mismo. Esto os pido.

NOVENA LECTURA - MEDITACION

(Segunda del día cuarto)

Dios en el alma y el alma en Dios

161. Dios está en mí. Yo estoy en Dios. ¡Pero de cuán distinta manera! Dios está en mí dándome y conservándome el ser; Dios está en mí dándome la vida y todo cuanto tengo; Dios está en mí llenando mi alma y viendo presentes todos mis actos, todos mis pensamientos, todas mis inclinaciones. Dios está en mí deseando llenarme de su amor y preparando mi alma para que pueda recibirle siempre que mi libre voluntad lo quiera y lo pida y lo procure.

Yo estoy en Dios recibiendo el ser y la vida, que El benigno me da; estoy recibiendo cuanto bueno hay en mí y cuantas perfecciones tengo y poniéndome deseos de recibir cuanto me falta, porque de Dios lo he de recibir como recibo los mismos deseos. Estoy en Dios recibiendo la luz material que alegra mis ojos; y la luz de la inteligencia, por la cual comprendo las verdades; y la luz del bien, con lo que procuro la virtud y la felicidad en amar. Dios

es todo. Yo nada, creado de la nada y esperándolo todo de la misericordia amorosa de mi Dios. Señor mío, que me has creado para el amor y deseas llenarme de tu amor, el único que puede hacer felices; dame tu amor y prepara mi alma para que pueda recibirle. Mira que de la nada me creaste, me sostienes y Tú sólo puedes darme cuanto me falta. Dámelo; de Vos lo espero y a Vos lo suplico.

162. Y ha sido especialísima misericordia del Señor para conmigo el haberme llamado para preparar mi voluntad a abrazar la virtud y el amor y poderseme comunicar y dar con la plenitud con que quiero lo haga; por esta misericordia he escogido yo venir al convento, recogerme en silencio de amor en una celdica con Dios, vivir continuamente con El, recibirle y tratarle. Nada puede haber en la tierra más lleno de luz, ni de mayor gozo ni más alto. Dios quiere dárseme en amor y me ha traído para dárseme. Yo he escogido vivir retirado en el convento, dado del todo a El y en todo ofrecido. Dios se me da y me ama con amor infinito; yo, Señor mío, quiero también amaros con todas mis fuerzas y tener puesto todo mi corazón en Vos.

Esto hace del convento y de la celdica amada un cielo y lo más hermoso del mundo. No puedo soñar nada más alto. ¡Oh Dios mío, que nunca me aparte de Vos ni me enfrien las criaturas y las cosas del mundo en vuestro amor y en la entrega que de mí os he hecho! ¿Con quién puedo yo tratar que pueda compararse con Vos? ¿Quién me puede amar como Vos me amáis ni darme lo que Vos me dais? Quiero ser todo vuestro y de vuestro amor.

El amor hace de mi retiro un cielo y el mayor deseo de mi alma es estar solo a solas con Vos. Vuestro amor es y eternamente será la felicidad y el gozo de los bienaventurados en el cielo. El amor glorioso nace de la visión beatífica de vuestra esencia. En el cielo todo lo veremos y todo lo tendremos en Vos y no podremos ni aun desear amar más del amor felicísimo que ya poseemos. Siempre estaremos recibiendo nueva luz, nuevo amor y nueva bienaventuranza de Vos. Continuamente y llenos de felicidad os estaremos viendo y en Vos gozando de todas las demás cosas, goces y conocimientos.

163. Cuando me llamasteis al recogimiento, que con vuestra gracia yo acepté, me llamasteis para que estuviese con Vos, os acompañase y con vuestra vista llenaríais mi alma de vuestra luz y de vuestro amor. Hoy os acompaño, pero sois Vos quien me llenáis. Yo estoy con Vos y os espero, pero Vos os entregáis a mí para ser mío, y mi riqueza y mi sabiduría y mi delicia. Sois el tesoro infinito que os queréis guardar en mi alma, si yo me escondo en vuestra misericordia y permanezco escondido en Vos. ¡Oh luz hermosa e indeficiente de mi Dios! En Ti quiero vivir y que seas Tú la luz de todas mis acciones. Es la misma luz que ilumina el cielo.

Y nunca queda por Dios el no darse a las almas. Dios siempre cumple la palabra que ha dado. Si aún no se ha entregado a mi alma es porque yo no me he entregado efectivamente a Dios.

Dios se da como es, infinito y con todas sus perfecciones. El alma participa de Dios según su propia disposición y según la sed y ansia que de El

tenga. El Profeta David decía: *Como el ciervo sediento desea las frescas aguas, así te desea el alma mía*. Los Santos se empaparon en Dios. Mi Padre San Juan de la Cruz, ofrecido y recogido con Dios, en los momentos de su prueba y aridez repetía con el Profeta Isaías: *Mi alma te deseó en la noche*. El deseo mueve a la preparación; el deseo alienta y guía al alma a buscar a solas a Dios y a esperarle. El deseo es la capacidad del amor y por esto Dios se da según es el deseo del alma.

Desearon las vírgenes al Esposo y salieron a esperarle en la oscuridad y miedo de la noche y entraron con El al banquete. Dios viene al alma que recogida y silenciosa le espera con constancia; ni quedan defraudados la esperanza y el esfuerzo que se puso en buscarle.

Yo he venido al convento para pedir a Dios su amor y para vivir en El. No sólo deseo amar a Dios, sino que deseo sea Dios mi único amor. Para esto he salido del mundo, me he acogido al sagrado de Dios, me he cerrado con Dios, a Dios amo y en Dios vivo. ¡Oh Dios mío y mi amor, que no entren en mi corazón, ni aun lleguen a mí, los deseos mundanos, que quieren entrar hasta en los mismos conventos! Que todo mi ser sea sólo tuyo y para siempre. Amo a Dios y deseo y procuro y le pido amarle siempre y con todas mis fuerzas.

164. Pero Dios me ama con amor infinito, que es amarme con un amor sobre todo el amor que yo puedo soñar ni concebir. Dios me ama con amor infinito y se me da en proporción del amor que me tiene.

¡Oh Señor mío, cómo se estremece mi corazón mirando que no tan sólo desde millones de años, sino desde antes que existiesen los siglos, desde siempre, desde la eternidad me tenías presente, me has amado sin interrupción y me veías como estoy y soy en este mismo momento y como he vivido desde que nací! Mi existencia y mi correspondencia a tus llamadas siempre estaban presentes ante Ti y me has mirado para escogerme para tu amor y para que yo quisiese recibirte. ¿Cómo te lo pagaré? Pues me veías y me llamabas y tanto me amabas, ¿por qué permitiste que feuse yo tan ciego que te ofendiese? ¿Por qué lo seré ahora si no me determino a ofrecerme totalmente a Vos y a vivir para Vos sólo? No permitas, Dios mío, que caiga de nuevo en la tibieza, ni en la terrible equivocación de querer tener en mi corazón apego a nada del mundo o a niñerías, que disipan e impiden la obra de vuestra misericordia en mi alma. Llenad Vos sólo esta alma mía.

Dios quiere comunicármese, quiere dárseme, quiere llenarme de Sí mismo; ha tenido la bondad de llamarme al convento a vivir con El para darme de su misma vida. Alma mía, ¿has pensado bien en este amor? ¿Puedes ni con todo el esfuerzo de tu entendimiento o fantasía llegar a concebir algo parecido?

165. Dios es el infinito, el sin límites en todas las perfecciones, el inmenso, el acto simplicísimo de infinita actividad, el todopoderoso. Dios no es sabio, sino la sabiduría misma y la hermosura; es el creador de todo lo que existe, el que no ha sido hecho, la causa de sí mismo sin principio ni fin. Es el que todo lo gobierna y conserva y la felicidad misma,

que da hermosura y felicidad a los cielos y a cuantas criaturas la tienen. Y este Dios, beldad infinita, me ha llamado para estar con El, para que le ame, para amarme y dárseme con especialísimo amor. ¡Oh dicha, imposible de comprender, la de estar recogido amando y viviendo sólo para Dios y en Dios! ¿Cómo no saltaré de gozo ante esta su bondad para conmigo?

Dios es sobre todas las hermosuras, sobre todas las grandezas y sobre todas las bondades que pudieran concebir los entendimientos todos criados reunidos en uno solo; Dios no sólo es mayor y mejor y más hermoso que cuanto pudieran concebir los entendimientos criados más excelsos, sino que su mismo entendimiento infinito no puede concebir ni comprender nada más grande que su mismo ser, porque cuanto puede comprender y concebir el entendimiento infinito ya lo es actualmente el ser de Dios. Y este Dios infinito del cual no puede formarse una idea proporcionada a su infinita perfección y grandeza, ni aun remotísima, está todo en mí y me ha escogido para que yo venga a estar con El y en su amor, y tratar con El y estar consagrado a El en el retiro y silencio de mi celda para que nada me interrumpa, y para dárseme y llenarme de Sí mismo y de sus perfecciones, todo cuanto mis potencias puedan recibir, que será cuanto yo ame.

Dios se me da como es y está en mí como es: infinito, en todo bien y en toda perfección, pero sin darme aún la gloria. Dios mío, que os puedo y debo llamar mío y para mí. Yo quiero ser vuestro y para Vos y ésta es la razón de estar yo en el convento y en la soledad lleno de gozo y con más alegría que

la que en ninguna otra parte se puede tener. Todo lo dejo por Vos y millones de veces y de más cosas dejaría por estar con Vos y ofrecido a Vos; porque todo lo criado es nada comparado con Vos. Quiero estar con Vos a semejanza, si fuera posible, de como estáis Vos en mí. ¡Cuánto me gozo leyendo lo que decíais a Santa Angela de Foligno: Yo soy tú y tú eres Yo! ¡A tanto llega tu amor!

166. Vos estáis en mí con todas vuestras perfecciones, con todo vuestro poder, con toda vuestra luz de sabiduría y de belleza. Gusto yo de pensar que estáis aquí en mi alma como en el centro de los mundos criados y desde mi regís y gobernáis esos mundos y sacáis a la existencia o a la vida los seres que nuevamente creáis.

Porque Dios está en mi alma todo perfectísimo, infinito, inmenso y simplicísimo, lo mismo que está a esos cien mil millones de años de luz que dice la ciencia de los hombres de astronomía de hoy que distan los extremos del diámetro del universo criado, y que mañana dirá que cuatrocientos mil millones de años de luz. ¿Qué sabe la ciencia con todos sus adelantos? Pero yo sé que estáis en mí perfectísimo, infinito, indivisible; mi fe y mi razón me lo dicen. Y sé que estáis de la misma manera en todos y en cada uno de los seres y de las partes. Dios, simplicísimo, es indivisible y está todo en Sí mismo y todo en todas las partes. Dios, inmutable y eterno, siempre está en infinita gloria y en infinita actividad. Yo me puedo y debo recoger en mí y con Vos y miraros en mi pecho y en mi alma y miraros en las anchurosidades de los cielos y latitudes de la

tierra diciéndoos con todo el amor y gozo a mi pequeñez posibles: *Dios mío y para mí*. Porque de tal manera sois para cada uno de los seres como si solamente fuérais para mí. ¿A cuál de las criaturas o de los elementos he de temer si todos están en las manos de mi Dios y mi Padre, que está en mí y los dirige y gobierna para mi bien y por mi amor?

Ojos míos, oídos míos, sentidos y potencias más, ¿qué podéis soñar ni desear que en algo se asemeje a la grandeza, a la hermosura, a la bondad y gozo de Dios, que está en mí y es mío y para mí? Callad y no perturbéis para que mi espíritu se recoja más íntimamente en la luz y beldad de mi Dios y le ame más estrecha y perfectamente. Señor mío, he escogido y, ayudado de vuestra gracia, escogeré millones de veces ser vuestro, dejarlo todo y estar a solas con Vos y a Vos consagrado. Quiero estar lejos del bullicio y vana fama de las criaturas. Soy vuestro y Vos queréis ser para mí. Quiero estar lejos de las parlerías y diversiones de los hombres, que apagan vuestro amor, apartan de Vos, son incompatibles con vuestro trato y no se pueden comparar con vuestra paz y dulzura. ¿Qué músicas, ni pasatiempos ni diversiones de cualquier clase que sean pueden inventar los hombres que ni remotísimamente produzcan la alegría y el contento que produce estar con Vos, viviendo en Vos, siendo morada vuestra y recibiendo vuestra luz y vuestra vida?

167. Gózate, alma mía, en mirarte como el centro del mundo, desde donde Dios lo rige y lo gobierna todo, pues no es ninguna fantasía, sino rigurosa y altísima realidad. La cabeza se desvanece

pensando en lo que no puede comprender ni imaginar, pero que sabe con toda certeza que Dios no tiene principio, ni procede de nadie, sino que siempre fue eternamente infinito y es la causa de sí mismo; pero el espíritu se llena de confianza y se ensancha mirándose centro donde Dios está, desde donde Dios lo ve, lo crea y lo preside todo. Ya la ciencia filosófica me pone esta comparación de la geometría diciendo que Dios es como una esfera cuyo centro está en todas partes y la circunferencia en ninguna; porque Dios está infinito, inmenso y perfectísimo en Sí mismo ni necesita de nada para su infinita perfección, como espíritu que es y acto purísimo, pero por el atributo de su inmensidad está en todo lo que crea por esencia, presencia y potencia, y está todo como indivisible que es y está en todos los lugares y seres más íntimamente en ellos que ellos a sí mismos, y está perfectísimo en mi alma y El me ha formado y conserva; está en todo, pero sin circunferencia, porque no tiene límites, sino que es infinito en toda perfección. Siempre y en todos los lugares es el foco de luz y de vida purísima e indeficiente.

Dios con su inmensidad llena el alma; con su bondad infinita ilumina y dulcifica el alma; con su sabiduría pone conocimiento y luz altísima en el alma, y con su omnipotencia fortalece el alma. *En Dios vivimos, nos movemos y estamos*, decía San Pablo.

Dios, dándoseme continuamente, me da también su misma vida. El alma fiel se aparta del mundo y de las distracciones y atenciones humanas para recogerse con Dios, tratar con El y vivir su vida. El

alma espiritual encuentra su dicha y contento en estar con Dios y tanto más goza de su compañía cuanto está más a solas con El.

Los días de retiro y ejercicios espirituales son para aislarse, en cuanto se pueda, de todo lo que no es Dios, examinar si en el corazón tiene afectos o apegos que apagan o enfrían en el amor y servicio divino y si cumple la promesa que hizo a Dios de ser todo y del todo suyo o si todavía busca y codicia tratos de cosas y de personas. Los ejercicios son para quedarse a solas con Dios y procurarlo en lo restante de la vida cada día con más perfección.

Dios mío, ¿hay en mi corazón afectos que no son vuestros ni bendecidos por Vos? ¿Hay apegos a personas y cosas de tierra o de intereses y bienes materiales que renuncié? ¿Busca la disipación de las visitas? ¿Me domina el amor propio u otro defecto personal? ¿Realmente me esmero en ser espiritual?

168. El Señor me dijo: *Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.* El Señor está en mí, me llena, es mi vida, aun cuando yo no me dé cuenta ni le sienta. Sólo los limpios le ven y reciben los efectos de la santidad.

Lo que más amamos es la vida, y la vida llena, sin deficiencias. La vida externa es como nada comparada con la interior y espiritual del alma. La gracia es la vida del alma y es participación del mismo Dios. Es vida sobrenatural y tan valiosa que no puede merecerse con nada. A Dios no se le puede comprar con nada. Dios da gratuitamente la gracia y quiere que la apreciemos sobre todas las cosas. Dios comunica más de sí al que más le ama, al que más